

Novena navideña



UNICENTRO
BOGOTÁ

¡Es y siempre será!

Navidad
2025



Pasaporte
Navidad



Oración para todos los días

Benignísimo Dios de infinita caridad, que nos has amado tanto y que nos diste **en tu Hijo la mejor prenda de tu amor**, para que, hecho hombre en las entrañas de una Virgen, naciese en un pesebre para **nuestra salud y remedio**; yo, en nombre de todos los mortales, **te doy infinitas gracias** por tan soberano beneficio.



En retorno de él, **te ofrezco la pobreza, la humildad y las demás virtudes de tu Hijo humanado**, y te suplico, por sus divinos méritos, por las incomodidades con que nació y por las tiernas lágrimas que derramó en el pesebre, que **dispongas nuestros corazones con humildad profunda**, con amor encendido y con tal desprecio de todo lo terreno, que Jesús recién nacido tenga en ellos su cuna y more eternamente.

Amén.



Rezar tres veces Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.



Oración a la Santísima Virgen

Soberana María, que por tus grandes virtudes, y especialmente **por tu humildad**, mereciste que todo un Dios **te escogiera para Madre suya**.

Te suplico que tú misma **prepares y dispongas mi alma y la de todos** los que, en este tiempo, hagan esta novena para el **nacimiento de tu adorable Hijo**.

¡Oh dulcísima Madre! Comunícame algo del profundo recogimiento y de la divina ternura con que **tú le agradaste**, para que nos hagas menos indignos de verle, amarle y **adorarle por toda la eternidad**.

Amén.

Reza tres veces el Ave María.



Oración a San José

¡Oh Santísimo San José!

Esposo de María y padre putativo de Jesús, **infinitas gracias doy a Dios** porque te escogió para tan altos ministerios y te adornó con todos los dones proporcionados a **tan excelente grandeza..**

Te ruego, por el amor que le tuviste al Divino Niño, que **me abracés en fervorosos deseos de verle y recibirle** sacramentalmente, mientras en su divina esencia le veo y le gozo en el cielo eternamente.

Amen.

Reza el Padre Nuestro, el Ave María
y el Gloria al Padre.



**Dulce Jesús mío, mi Niño adorado,
¡Ven a nuestras almas! ¡Ven, no tardes tanto!**

¡Oh Sapiencia suma del Dios soberano,
que al infantil alcance te rebajas sacro!
¡Oh divino Niño, ven para enseñarnos
la prudencia que hace verdaderos sabios!
¡Ven a nuestras almas! ¡Ven, no tardes tanto!



¡Oh Adonai potente que a Moisés hablando,
de Israel al pueblo diste los mandatos!
¡Ah, ven prontamente para rescatarnos,
y que un niño débil muestre fuerte brazo!
¡Ven a nuestras almas! ¡Ven, no tardes tanto!



¡Oh raíz sagrada de Jesé que en lo alto
presentas al orbe tu fragante nardo!
¡Dulcísimo Niño que has sido llamado
lirio de los valles, bella flor del campo!
¡Ven a nuestras almas! ¡Ven, no tardes tanto!



¡Llave de David que abre al desterrado
las cerradas puertas del regio palacio!
¡Sácanos, oh Niño, con tu blanca mano,
de la cárcel triste que labró el pecado!
¡Ven a nuestras almas! ¡Ven, no tardes tanto!



¡Oh lumbre de oriente, sol de eternos rayos,
que entre las tinieblas tu esplendor veamos!
¡Niño tan precioso, dicha del cristiano,
luzca la sonrisa de tus dulces labios!
¡Ven a nuestras almas! ¡Ven, no tardes tanto!

¡Espejo sin mancha, Santo de los santos,
sin igual imagen del Dios soberano!
¡Borra nuestras culpas, salva al desterrado
y en forma de Niño da al mísero amparo!
¡Ven a nuestras almas! ¡Ven, no tardes tanto!

★
¡Rey de las naciones, Emmanuel preclaro,
de Israel anhelo, Pastor del rebaño!
¡Niño que apacientas con suave cayado
ya la oveja arisca, ya el cordero manso!
¡Ven a nuestras almas! ¡Ven, no tardes tanto!

★
¡Ven, que ya María previene sus brazos,
donde su Niño vea en tiempo cercano!
¡Ven, que ya José, con anhelo sacro,
se dispone a hacerse de tu amor sagrario!
¡Ven a nuestras almas! ¡Ven, no tardes tanto!

★
¡Ábranse los cielos y llueva de lo alto
bienhechor rocío, como riego santo!
¡Ven, hermoso Niño, ven, Dios humanado,
luce, hermosa estrella, brota, flor del campo!
¡Ven a nuestras almas! ¡Ven, no tardes tanto!

★
¡Del débil auxilio, del doliente amparo,
consuelo del triste, luz del desterrado!
¡Vida de mi vida, mi dueño adorado,
mi constante amigo, mi divino hermano!
¡Ven a nuestras almas! ¡Ven, no tardes tanto!

★
Véanse mis ojos de ti enamorados,
bese ya tus plantas, bese ya tus manos;
postrado en la tierra te tiendo los brazos,
y aún más que mis frases, te dice mi llanto!
¡Ven a nuestras almas! ¡Ven, no tardes tanto!

¡Ven, Salvador nuestro, por quien suspiramos;
¡Ven a nuestras almas! ¡Ven, no tardes tanto!



Oración al niño Jesús

Acuérdate, ¡oh **dulcísimo Niño Jesús!**, que dijiste a la venerable Margarita del Santísimo Sacramento, y en persona suya a todos tus devotos, estas palabras tan consoladoras para nuestra pobre humanidad agobiada y doliente: **“Todo lo que quieras pedir, pídelo por los méritos de mi infancia, y nada te será negado.”** Llenos de confianza en ti, ¡oh Jesús, que eres la misma verdad!, venimos a exponerte toda nuestra miseria.

Ayúdanos a **llevar una vida santa**, para conseguir una eternidad bienaventurada. Concédenos, por los méritos infinitos de tu encarnación y de tu infancia, **la gracia... de la cual necesitamos tanto.**

Nos entregamos a Tí, ¡oh Niño omnipotente! Seguros de que **no quedará frustrada nuestra esperanza**, y de que en virtud de tu divina promesa, acogerás y despacharás favorablemente nuestra súplica.

Amén.

Reza tres veces Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.



Consideraciones

Día 1



En el **principio de los tiempos**, el verbo reposaba en el seno de su padre, en lo más alto de los cielos; allí era la causa, a la par que el modelo de **toda la creación**.



En esas profundidades de una incalculable eternidad permanecía el **Niño de Belén** antes de que se dignara bajar a la tierra y tomara visiblemente posesión de la gruta de Belén.

Allí es donde debemos buscar sus principios que jamás han comenzado; de allí debemos datar la **genealogía de lo eterno**, que no tiene antepasados, y contemplar la vida de complacencia infinita que allí llevaba.

La vida del verbo eterno en el seno de su padre **era una vida maravillosa**, y sin embargo —¡misterio sublime!— buscó otra morada, una mansión creada.

No era porque en su mansión eterna faltase algo a su infinita felicidad, sino porque su misericordia infinita **anhelaba la**



redención y la salvación del género humano, que sin Él no podría verificarse.

El pecado de Adán había ofendido a Dios, y esa ofensa infinita **no podía ser expiada sino por los méritos del mismo Dios**.

La raza de Adán había desobedecido y merecido un castigo eterno; era, pues, necesario para salvarla y satisfacer su culpa, que Dios, sin dejar el cielo, tomase la forma del hombre sobre la tierra y, con la obediencia a los designios de su padre, **expiase aquella desobediencia, ingratitud y rebeldía**.



Era necesario, **en las miras de su amor**, que tomase la forma, las debilidades e ignorancias sistemáticas del hombre; que creciese para darle crecimiento espiritual; que sufriese para enseñarle a morir a sus pasiones y a su orgullo.

Y por eso el verbo eterno, ardiendo en deseos de salvar al hombre, **resolvió hacerse hombre también, y así redimir al culpable**.

Consideraciones



Día 2



El verbo eterno se halló a punto de **tomar su naturaleza** creada en la santa casa de Nazaret, en donde **moraban María y José**. Cuando la sombra del decreto divino vino a deslizarse sobre ella, **María estaba sola y engolfada en la oración**. Pasaba las silenciosas horas de la noche en la unión más estrecha con Dios; y mientras oraba, el verbo **tomó posesión de su morada creada**.

Sin embargo, no llegó inopinadamente: antes de presentarse, envió a un mensajero, que fue el **Arcángel San Gabriel, para pedir a María, de parte de Dios, su consentimiento para la encarnación**. El creador no quiso efectuar ese gran misterio sin la aquiescencia de su criatura. Aquel momento fue muy solemne: era potestativo en María rehusar... ¡Con qué adorables delicias, con qué inefable complacencia aguardaría la Santísima Trinidad a que María abriese los labios y pronunciase el “sí”, que debió ser

suave melodía para sus oídos, y con el cual se conformaba **su profunda humildad a la omnipotente voluntad divina!**

La Virgen Inmaculada ha dado su asentimiento. El Arcángel ha desaparecido. **Dios se ha revestido de una naturaleza creada**; la voluntad eterna está cumplida y la creación, completa. En las regiones del mundo angélico estalla el júbilo inmenso, pero la Virgen María ni lo oía ni le hubiese prestado atención a él. Tenía inclinada la cabeza, y su alma estaba sumida en un silencio que se asemejaba al de Dios. El verbo se había hecho carne, y aunque todavía invisible para el mundo, habitaba ya entre los hombres, **a quienes su inmenso amor había venido a rescatar**. No era ya solo el verbo eterno: **era el Niño Jesús, revestido de la apariencia humana**, y justificando ya el elogio que de Él han hecho todas las generaciones al llamarle el más hermoso de los hijos de los hombres.



Consideraciones

Día 3



Así había comenzado su vida encarnada el Niño Jesús. Consideremos **el alma gloriosa y el santo cuerpo que había tomado**, adorándolos profundamente.

Admiremos, en primer lugar, el alma de ese Divino Niño; contemplemos en ella **la plenitud de su gracia santificadora y de su ciencia beatífica**, por la cual, desde el primer momento de su vida, vio la divina esencia más claramente que todos los ángeles, y leyó lo pasado y lo por venir con todos sus **arcanos**

conocimientos. No supo por adquisición nada que no supiese por infusión desde el primer instante de su ser; pero Él adoptó todas las debilidades de nuestra naturaleza a las que dignamente podía someterse, aún cuando no fuese necesario para la grande obra que debía cumplir.

Pidámosle que sus **divinas facultades** suplan la debilidad de las nuestras y les den nueva energía: que su memoria nos enseñe a recordar sus beneficios, su entendimiento a pensar en Él, y su voluntad a no hacer sino lo que Él quiere y en servicio suyo.

Del alma del Niño Jesús pasemos ahora a su cuerpo, que era un mundo de maravillas, una obra maestra de la mano de Dios.

No era, como el nuestro, una traba para el alma; era, por el contrario, **un nuevo elemento de santidad**. Quiso que fuese pequeño y débil como el de los niños, y sujeto a todas las incomodidades de la infancia, para asemejarse más a nosotros y participar de nuestras humillaciones. El espíritu santo formó ese **cuerpecillo divino con tal delicadeza y tal capacidad de sentir**, que pudiese sufrir en extremo para cumplir la grande obra de nuestra redención.

La belleza de ese cuerpo divino fue superior a cuanto se ha imaginado jamás; **la divina sangre** que por sus venas empezó a circular desde el momento de la encarnación **es la que lava todas las manchas del mundo culpable**.

Pidámosle que lave las nuestras en el **sacramento de la penitencia**, para que el día de su navidad nos encuentre purificados, perdonados y **dispuestos a recibirle con amor y provecho espiritual**.



Consideraciones

Día 4



Desde el seno de su madre comenzó el Niño Jesús a poner en práctica su entera sumisión a Dios, que continuó sin la menor interrupción durante toda su vida.

Adoraba a su eterno padre, le amaba, se sometía a su voluntad, aceptaba con resignación el estado en que se hallaba, conociendo toda su debilidad, toda su humillación y todas sus incomodidades.

¿Quién de nosotros quisiera retroceder a un estado semejante con el pleno goce de la razón y de la reflexión?,

¿quién podría sostener, a sabiendas, un martirio tan prolongado y tan penoso de todas las maneras?. Por ahí entró el Divino Niño en su dolorosa y humilde carrera; así empezó a anonadarse delante de su Padre, **a enseñarnos lo que Dios merece por parte de su criatura**, a expiar nuestro orgullo —origen de todos nuestros pecados— y a hacernos sentir toda la criminalidad y desorden del orgullo.

Deseamos hacer una verdadera oración: empecemos por formarnos de ella una idea exacta contemplando al Niño en el seno de su madre. El Divino Niño ora, y ora del modo más excelente.

No habla, no medita, ni se deshace en tiernos afectos. Su mismo estado, aceptado con la intención de **honrar a Dios**, es su oración, y ese estado expresa altamente todo lo que Dios merece y de qué modo quiere ser adorado por nosotros.

Unámonos a las oraciones del Niño Dios en el seno de María, unámonos a su profundo abatimiento, y sea este el primer afecto de nuestro sacrificio a Dios. Démonos a Él, no para ser algo —como lo pretende continuamente nuestra vanidad— sino para ser nada; para quedar eternamente consumidos y anonadados; para renunciar a la estimación de nosotros mismos, a todo cuidado de nuestra grandeza, aunque sea espiritual, y a todo movimiento de vanagloria. Desaparezcamos a nuestros propios ojos, y que **Dios solo sea todo para nosotros**.



Consideraciones



Día 5



Ya hemos contemplado la vida del Niño Jesús en el seno de su purísima madre; veamos ahora la vida de María durante ese mismo tiempo. Solo así podremos acercarnos, en la medida de nuestra limitada capacidad, a **comprender los sublimes misterios de la encarnación** y cómo debemos corresponder a ellos.

María vivía en una espera llena de amor y de fe. No cesaba de suspirar por el momento en que podría contemplar el rostro humano de Dios encarnado, la faz que iluminaría el cielo por toda la eternidad. **Iba a ver el amor reflejado en aquellos ojos divinos** cuyos rayos esparcían para siempre la felicidad entre millones de almas elegidas.

Podría mirarlo cada día, cada hora, en cada instante: en la inocencia de la infancia, en la dulzura de la juventud y en la serena sabiduría de la madurez. Lo estrecharía contra su pecho con toda la libertad del amor materno; cubriría de besos los labios que un día pronunciarían la sentencia a toda la humanidad; lo contemplaría dormido o despierto,

hasta **grabar su rostro divino en su corazón.** ¡Con qué ardor y ternura esperaba ese día bendito!

Tal era la expectativa de María: sublime, única, pero también modelo perfecto de la vida cristiana. No nos limitemos a admirar a Jesús morando en María, sino recordemos que también **Él desea habitar en nosotros, por esencia, por gracia y por amor.**

Sí, Jesús nace continuamente en el alma de quien vive en gracia; **cada buena obra hecha con amor es como un nuevo nacimiento del Verbo en nosotros.** El alma que ama y coopera con la gracia divina se convierte en un seno perpetuo de María, en un Belén interior donde Jesús siempre puede morar. Después de comulgar, Cristo habita realmente en nosotros, como Dios y como hombre, del mismo modo que habitó en el seno purísimo de María. Este misterio nos invita a **participar, con humildad y amor,** de aquella vida interior de la virgen durante los meses de la encarnación, y a **vivir una espera llena de fe, esperanza y adoración,** como la suya.



Consideraciones

Día 6



Jesús había sido concebido en Nazaret, **hogar de José y María**, y todo hacía pensar que allí nacería. Sin embargo, Dios lo tenía dispuesto de otra manera. Los profetas habían anunciado que **el Mesías nacería en Belén de Judá, la ciudad de David**.

Para que se cumpliera esta promesa, Dios se valió de un medio que, a los ojos humanos, parecía no tener relación alguna con su plan: **el decreto del emperador Augusto, ordenando que todos los súbditos del imperio se empadronaran en el lugar de donde eran originarios**. Así, María y José, descendientes de David, **debieron emprender el camino hacia Belén**. Ni la delicada condición de la Virgen Santísima, ni la necesidad de José de trabajar cada día para asegurar la subsistencia, fueron motivo para evitar aquel largo y penoso viaje, realizado además en la **estación más fría y difícil del año**.

Jesús, en su sabiduría divina, sabía bien el lugar donde debía nacer. Él mismo inspiró a sus santos padres a abandonarse confiadamente en las manos de la



Providencia, y así, sin saberlo, cooperaron al **cumplimiento perfecto de los designios eternos de Dios**. Almas interiores, deteneos a considerar este misterio: el modo silencioso y admirable con que obra el Divino Niño. Aprended de Él que **quien se entrega a Dios debe renunciar a sí mismo por completo**, dejando a un lado sus propios planes y deseos.

Quien ama verdaderamente al Señor no busca dirigir su camino, sino **seguirlo con docilidad**, incluso cuando las circunstancias parezcan contrarias o inexplicables. Así lo hizo Jesús desde antes de nacer: se sometió al querer del *padre* y se dejó conducir humildemente, enseñándonos el secreto de la verdadera vida espiritual —**vivir en total abandono, confiando ciegamente en la providencia divina**.

Este ejemplo será constante a lo largo de toda la vida del Salvador, y los santos no han hecho sino imitarle en esto: renunciar a la propia voluntad para dejar que en todo **reine la voluntad amorosa de Dios**.



Consideraciones

Día 7



Representémonos **el viaje de María y José hacia Belén**, llevando consigo, aún no nacido, **al creador del universo hecho hombre**. Contemplemos la humildad y la obediencia del Divino Niño, que —siendo Dios eterno, dueño de reyes y naciones— **se somete a la orden de un emperador extranjero**.

Obedece a un edicto humano que manda empadronar a toda la población, como si quisiera apresurarse a ser contado entre los hombres, registrado oficialmente como súbdito de su propia creación. **¡Qué misterio tan grande!** Aquello que a las criaturas nos causa repugnancia —la humillación— es precisamente lo que atrae al creador. En ella encuentra su delicia, porque en su pequeñez obediencia **nos enseña el camino de la verdadera grandeza**. ¿No deberíamos nosotros, al mirar al Niño Jesús, **aprender a amar la virtud de la humildad**, esa joya escondida que engrandece el alma ante Dios?

¡Ah, que llegue ya el momento en que aparezca el deseado de las

naciones! Todo el universo suspira por Él: **el mundo, envuelto en tinieblas y cansado de su dolor, espera el alivio de sus males**; José anhela con silencio santo el cumplimiento del misterio; María vive la expectativa más pura y ardiente que haya conocido el corazón humano.

El padre eterno, si así pudiéramos expresarlo, está **amorosamente impaciente por entregar a su hijo al mundo**; el espíritu santo arde en deseo de **mostrar a la humanidad la sagrada obra** que formó con su divino esmero: ese cuerpo santísimo donde habita la plenitud de la divinidad. Y el mismo Niño Jesús —centro de tantos anhelos— no sólo avanza hacia Belén: **avanza también hacia nosotros**. Viene al alma que lo espera, al corazón que se prepara, al hogar que le abre su puerta. Apresuremos su llegada con nuestro deseo; purifiquemos nuestras almas para que sean su morada mística; **hagamos de nuestros corazones un nuevo Belén**.

Que nuestras obras de amor, humildad y desprendimiento sean como caminos allanados, para que el señor encuentre en nosotros reposo y alegría. Así, cuando llegue la hora de su nacimiento, no nazca solo en un pesebre, sino también **en lo más profundo de nuestro ser**.



Consideraciones



Día 8



Llegan a Belén José y María, después de un largo y fatigoso viaje. **Van buscando hospedaje** en los mesones, pero no lo encuentran. Todo está ocupado, y donde aún habría espacio, se les rechaza por su pobreza. Sin embargo, nada perturba la paz de los que viven fijos en Dios. José, aunque sorprendido por las negativas, **guarda serenidad** al mirar el rostro apacible de su esposa. María conserva en su corazón la **confianza absoluta en la providencia**. Y el Niño, aún no nacido, se alegra en secreto de aquellas humillaciones, porque son el preludio de las que abrazará más tarde por amor al mundo. Cada puerta cerrada, cada voz áspera, cada mirada indiferente, era parte del misterio que Él mismo había escogido: **venir a buscar el rechazo para redimir la soberbia humana.**

¡Oh, Divino Niño de Belén! **Estos días, que muchos pasan entre fiestas y comodidades,** fueron para tus santos padres días de cansancio, de silencio y de

prueba. Y en medio de esa pobreza, **floreció el milagro del Amor.** El espíritu de Belén —ese mundo que cerró su puerta a Dios— sigue vivo todavía.

¿Cuántas veces no ha sido también el nuestro?, **¿cuántas veces cerramos, sin darnos cuenta, la puerta del alma a tus llamadas silenciosas?** Tú vienes a nosotros disfrazado de prueba, de humildad, de persona necesitada, de perdón que debemos dar... y no te reconocemos. Solo cuando te alejas comprendemos que eras Tú quien nos visitaba, y que dejamos pasar al Amor.

El sol del 24 de diciembre se oculta tras los tejados de Belén. Sus últimos rayos doran las rocas de los montes vecinos. Los hombres, ocupados en sus asuntos, empujan en las calles sin saber que rozan al Señor del cielo. Las puertas se cierran. **Y sobre el valle se alza el cielo purpurino, encendido de estrellas. Algunas horas más... y el Verbo Eterno aparecerá.** La noche se llenará de canto y de luz, porque Dios habrá nacido entre los hombres.



Consideraciones

Día 9



La noche ha caído por completo sobre las campiñas de Belén. Desechados por los hombres y sin hallar abrigo, María y José abandonan la inhospitalaria ciudad y **se refugian en una gruta al pie de una colina**. Los acompaña el pequeño **jumento** que sirvió de humilde cabalgadura durante el viaje, y en el interior de la cueva encuentran un **manso buey**, dejado allí quizás por algún viajero que buscó hospedaje en la aldea.



El Divino Niño —rechazado por las criaturas racionales— va a recibir el consuelo de las irracionales, que **calientan con su tibio aliento la fría atmósfera de aquella noche de invierno**.

Ellos le ofrecen el respeto y la adoración que Belén le negó. La débil luz de una linterna, sostenida por José, ilumina suavemente el recinto. En un rincón, un pesebre lleno de paja aguarda; figura profética del altar en el que, siglos después, Cristo volverá a hacerse presente para unirse íntimamente con los hombres. **María, en profunda oración, guarda silencio**. Y así transcurren las horas, mientras el



universo entero contiene la respiración ante el misterio que está por revelarse.

Pero ha llegado la medianoche. Y, de repente, dentro de ese pesebre antes vacío, **reposa el Divino Niño, esperado, profetizado y anhelado por cuatro mil años**.

A sus pies se postra su Santísima Madre, perdida en una **adoración tan pura y tan profunda** que ningún lenguaje humano podría describirla. José, conmovido, se acerca también a rendir homenaje y a inaugurar su misterioso oficio de padre adoptivo del redentor.

Entonces, los cielos se abren.

Una multitud de ángeles desciende, llenando la noche con un resplandor inefable. Sus voces entonan el Gloria in Excelsis Deo, **eco terrenal de la adoración eterna que rodea al Altísimo**. Convocados por esa armonía celestial, **los pastores de la comarca acuden** presurosos a la gruta, llevando sus humildes ofrendas y corazones sencillos.



Y, mientras tanto, **en el oriente brilla la estrella de Jacob**.

Guiados por su luz, **los Reyes Magos emprenden la marcha hacia Belén, trayendo consigo el oro, el incienso y la mirra**:

símbolos de la caridad, la adoración y la mortificación.

¡Oh, Divino y Adorado Niño!
También nosotros, los que hemos recorrido esta novena para prepararnos a tu venida, nos postramos hoy ante ti. **Recibe, Señor, nuestra pobre adoración.** Ven a nuestras almas, ven a nuestros corazones llenos de amor.

Enciende en ellos una devoción viva y constante a tu Santa Infancia —no solo en estos días de Navidad, sino siempre, en todo tiempo y lugar—.



Pasaporte Navidad



unicentro
BOGOTÁ

¡Es y siempre será!